

BROSSAT, Alain.

Los siervos están cansados (los señores también)

Traducción de Josep Carles Laínez

Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2017, 72 p.

Pedro García Pilán

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

pedro.garcia@uv.es

El filósofo francés Alain Brossat, antiguo militante de la *Ligue Communiste Révolutionnaire*, de quien Siglo XXI ya tradujo hace más de tres décadas un libro sobre Trotski (*En los orígenes de la revolución permanente*, 1976), ha ido constituyéndose como una relevante figura dentro del panorama intelectual de la izquierda europea. La raigambre heterodoxa de su marxismo, presente ya en añejos debates con estalinistas y maoístas, se ha visto enriquecida progresivamente con el influjo de autores como Arendt, Benjamin o Foucault, el cual es especialmente evidente en la breve, pero densa obra que aquí se comenta.

Para empezar, se dirá que la tesis central del libro es audaz, más aún teniendo en cuenta la ya aludida raigambre marxista del autor: para Brossat, la principal división de la historia, la verdaderamente inmemorial y casi, diríamos que, eterna, es la que enfrenta a amos y a sirvientes: se trata nada menos que de una «relación estructurante, más profundamente oculta en la base de las relaciones humanas que aquella que Foucault denominaría relación de poder» (p. 40). Y esta es una división que el marxismo, centrado en la oposición fundamental entre capital y fuerza de trabajo, no ha sabido entender. Es por ello más útil enfocarla apoyándose en otras referencias teóricas, como el propio Foucault, los desafíos del

reconocimiento de Honneth o los entramados de interdependencias sobre los que se apoya el modelo civilizatorio de Elias.

Para desarrollar tal tesis, comienza el ensayo con un sucinto recordatorio de la teoría marxista acerca de la lucha de clases y el papel redentor del proletariado para, a continuación, recordarnos el desprecio de Marx y de una moralizada clase obrera hacia todos los grupos plebeyos de la sociedad que no encajaban en la misma, considerados no solo como residuos marginales, sino como mercenarios de la contrarrevolución al servicio de la burguesía. Y es precisamente a estas categorías subalternas o plebeyas caracterizadas por trabajar al servicio de sus amos, hacia quienes conviene dirigir la mirada, teniendo en cuenta que el vocabulario esclerotizado de la *lucha de clases* no sirve para comprender esta relación primordial.

Esbozada la idea principal, el autor se plantea dónde está esa relación, aparentemente superada con el triunfo del capitalismo, en la época actual. Para responder a esta cuestión, se remonta a fuentes literarias de finales del Antiguo Régimen, como *Jacques el Fatalista*, de Diderot o *Las bodas de Fígaro*, de Beaumarchais, junto a otras del siglo XIX y aún

del xx. El análisis de este tipo de obras le sirve para encontrar a ese *otro pueblo*, compuesto por subalternos, que se caracterizaba, en primer lugar, por compartir la proximidad topológica con los señores: a diferencia de la clase obrera capitalista, concentrada y espacialmente segregada, los sirvientes de periodos anteriores vivían junto a sus amos. La máxima diferencia social (que alcanzaba sus más altos niveles en el caso de las sirvientas, objeto frecuente de depredación sexual), se ve así reproducida mediante la proximidad física, pues los señores necesitan a sus siervos para todo: desde para desplazarse o vestirse hasta para comer y defecar. Pero es precisamente esta proximidad la que proporciona al siervo una evidente capacidad para poner en cuestión constantemente la jerarquía mediante el uso continuado del lenguaje; Fíguro, es, al respecto, una figura paradigmática, pero la literatura está plagada de personajes similares. Habría así una especie de *tradición oculta* de resistencias subalternas que se refleja en la literatura, llegando hasta escritores contemporáneos como Genet o Weiss. Y no se dice *oculta* porque el valor literario de estas obras no sea conocido, sino porque lo que Brossat postula es precisamente el carácter político de estas creaciones. Aunque el siervo, pese a no ser ya un esclavo, todavía no se pertenece a sí mismo, por lo que no ha adquirido la mayoría de edad, sí que practica una constante dialéctica de la emancipación, ya que está constantemente implicado en «juegos, conflictos e intercambios de poder» con su amo (p. 44). Así pues, aunque en las sociedades tradicionales tener estatus equivalía a ser servido, más que de un poder unidireccional deberíamos hablar de unas relaciones desiguales de poder que circulan sin fin. Dicho de otra manera: la relación señor/siervo es irreductible al análisis marxista del capitalismo.

Pero —y este es uno de los objetivos del ensayo— ¿qué pasa con esta relación en la actual fase del capitalismo? Pues que se complica con la «relación entre las dos relaciones»; es decir, la moderna entre burgués y proletario, y la inmemorial entre señor y siervo. Las desregulaciones del neoliberalismo han hecho perder a los obreros, en gran medida, su anterior condición, tanto a nivel económico

como en el plano de las subjetividades, de manera que, al perder el reconocimiento que obtuvieron en su momento, ahora se sienten desclasados y despreciados. En cuanto a los empleados domésticos, estos son ahora asalariados, pero tratados casi como esclavos. Y es que la mundialización (siguiendo una tradición francesa, Brossat prefiere este término al de *globalización*) ha creado una nueva esclavitud, de la que hay que decir, además, que está fuertemente racializada (los servidores domésticos asiáticos son un perfecto ejemplo de ello).

Bien cierto es que la inextricable relación entre servidos y sirvientes se rompe en cierta medida con el advenimiento de la modernidad: en la literatura del xix ya se nota un cierto cansancio por parte de los siervos, que pasan frecuentemente de tener papeles principales (como sucede por ejemplo con Jacques) a aparecer como meros trasfondos, indispensables, pero casi mudos. Con todo, en la fase actual del capitalismo se produce una nueva vuelta de tuerca: asistimos, pues, a una especie de regeneración del Antiguo Régimen, que constituye un auténtico «quiste en el corazón de la hipermodernidad del capitalismo fluido y del sistema ultraliberal» (p. 67). Triunfan, pues, de nuevo, los señores, pero no se trata de un mero retorno al pasado: la gran diferencia es que la vieja dialéctica de la emancipación ya ha desaparecido.

Una de las razones de tal desaparición es que los actuales señores han conseguido elaborar «nuevos dispositivos destinados a librarse de la influencia que el siervo ejerce sobre el señor» (p. 51). Al respecto, Brossat no desconoce que la tecnología, desde los tiempos de la espada, ha sido siempre un elemento clave de dominación, pero en la modernidad ha permitido reducir la dependencia de los señores respecto a los siervos. Ciertamente es que los nuevos patricios pasan ahora a depender de tales dispositivos, pero estos son siempre dóciles. La innovación tecnológica permanente actúa, así, como un continuo proceso de *reavasallamiento*, y la *tecnologización* creciente de la vida cotidiana de los siervos supone una continua escalada en su heteronomía.

En estrecha relación con el fenómeno se encuentra el hecho de que los nuevos amos se separan físicamente de la plebe, lo que se hace patente en fenómenos de segregación especial como las *gated communities*. El papel de los ejércitos de servicios (la «plebe de los nuevos siervos»), que abarca desde las limpiadoras hasta la seguridad privada, ya no vive compartiendo techo con los amos, sino que tiene que hacer frecuentemente largos desplazamientos para acudir a su puesto de trabajo. Con la distancia han perdido la vieja capacidad de réplica de figuras como Jacques, con lo que el diálogo (inexistente ahora) deja de ser el medio de expresión del conflicto, de modo que el disturbio sustituye a la disputa como única forma efectiva de confrontación política. El secuestro de la comunicación es, pues, «el camino ideal en la producción del consenso anómico» que predomina en nuestras democracias, basado en una colonización del pensamiento de los de abajo por parte de los de arriba, por medio de un «formateado de las mentes» sustentado en una fuerte «policía de enunciados». Cabe apuntar que la destrucción del vínculo humano por parte del capitalismo neoliberal alcanza su máxima expresión precisamente mediante la figura *inmemorial* de la sirvienta; al respecto, el tristemente célebre *affaire Strauss-Kahn* dista de ser una mera anécdota, pues ilustra a la perfección las nuevas desigualdades de la actual fase del capitalismo.

En definitiva, el siervo representa lo inmemorial de las relaciones de dominación, algo que escapó por completo a Marx, cegado por las circunstancias de un siglo marcado por revoluciones y contrarrevoluciones. Ahora bien, por otra parte, en el haber de Marx se encuentra la introducción de «un corte memorable en la historia de la servidumbre» (p. 71). Y es que la conversión del siervo en obrero supone no solo un cambio en la estructura económica, sino la aparición de una nueva subjetividad, una nueva dignidad, una nueva solidaridad: de una mayoría de edad, en definitiva. Precisamente por eso es tan peligrosa la fase actual del capitalismo que sufrimos, que tiende de nuevo a hacer indistinguibles el mundo del trabajador y el del siervo, los dos universos vitales que Marx

había escindido con nitidez. Así, nuevas formas de esclavitud derivan de las nuevas leyes del beneficio capitalista. No es de extrañar, por tanto, que una de las conclusiones del ensayo sea que la normatividad política actual elimina cualquier concepto de unidad del género humano. Solo la capacidad de resistencia de los siervos puede intentar restablecerla.

Resulta evidente que el planteamiento de Brossat resulta sugerente. En primer lugar, porque supone un indudable —y saludable— desplazamiento teórico respecto al marxismo clásico de cara a entender la nueva dialéctica de las desigualdades, ligada a la espectacular regresión democrática auspiciada por el capitalismo neoliberal. Ahora bien, la lectura del libro no deja de suscitar dudas, pues podemos encontrar en sus razonamientos algunos puntos débiles.

En primer lugar, el ensayo reduce el concepto de servidumbre al servicio doméstico, lo que resulta demasiado restringido. Si esto fuese así, podríamos plantearnos, por ejemplo, si realmente la contradicción fundamental en las sociedades del Antiguo Régimen era la relación entre amos y sirvientes. Afirmar que el entramado de interdependencias entre servidores domésticos y amos es fundamental para la reproducción de estos últimos como grupo social dominante es de suma importancia (aunque se podría recordar, de paso, que otros autores ya lo pusieron de relieve mucho antes y para épocas anteriores: véase, por ejemplo, el análisis que de *La Celestina* hiciera Maravall), pero no se puede deducir de ello que sea la oposición fundamental de este largo periodo histórico: al respecto cabe apuntar que el campesinado (es decir, la inmensa mayoría de la población de las sociedades preindustriales) queda, sencillamente, fuera de la mirada del autor. Y ese campesinado no cuestionaba siempre el orden mediante astucias verbales, sino que, en ocasiones, desde la Edad Media hasta la Revolución francesa, se rebelaba y ponía en jaque al feudalismo (baste recordar al respecto estudios clásicos como los de Hilton, Hill o Porshnev, entre otros muchos). Ante casos como los levantamientos campesinos ingleses de 1381, las Germanías valencianas o las revueltas campesinas

que agitaron Europa durante los siglos xvii y xviii, ¿podemos afirmar con propiedad que el principal conflicto era entre el señor y sus criados? Visto así, la focalización que efectúa Brossat sobre la servidumbre doméstica nos puede recordar al polémico «mundo que hemos perdido» de Laslett (bien es cierto que en el caso del historiador inglés tal mundo es presentado de manera mucho más idílica).

Podría apuntarse, por otra parte, que pese a inspirarse en Elias, el autor no parece haber entendido que, según este, el proceso civilizatorio es ciego, y que los resultados, más allá de los objetivos conscientemente planificados por los distintos grupos sociales, variarán considerablemente en función de las distintas relaciones de fuerzas. Esto se hace especialmente evidente cuando se refiere a las tecnologías

de manera exclusivamente unidireccional, como si solo pudiesen ser un instrumento al servicio de los nuevos señores (es más, como si fuesen inventos convenientemente planificados por ellos mismos). Las consecuencias no queridas de la acción social parecen ser un concepto ajeno a Brossat, lector en ocasiones demasiado literal de Foucault (términos como el de *formateado de las mentes* o *policía de enunciados* dan buena muestra de ello).

Pese a tales objeciones, estamos ante un libro sugestivo, algo tortuoso en ocasiones (aquí es de agradecer al traductor su buen hacer) y pulcramente editado. Pero, sobre todo, un libro que nos puede ayudar a entender nuestro difícil presente. Un presente de nuevos señores y nuevos siervos que amenaza, cada vez más, con convertir la democracia en un recuerdo de épocas pasadas.